

EL NEGRO

TIMOTEO

2a. EPOCA

AÑO II Director y Redactor: WASHINGTON P. BERMÚDEZ
Director artístico: ANTONIO PEREZ

Nº 5

MONTEVIDEO, FEBRERO 2 DE 1898

UN HOMBRE-CARACOL

Auto biográfico

Ante propios y ante extraños
Voy á confesar un hecho:
Que trabajo con provecho
Hace veinte y tantos años.

Soy un hombre muy activo,
Diligente y laborioso,
Un buen padre, buen esposo,
Y un partidario muy vivo,

Contrario de los derroches,
Mis muchas utilidades,
Las empleo en propiedades,
Tipografías y coches.

Sepan todos los camuesos
Que soy persona opulenta,
Y disfruto de una renta
De varios miles de pesos.

Bienestar que me he ganado
Con el sudor de mi frente,
Honesto y decentemente,
Porque soy un hombre honrado.

Así como lo es don Juan
Idiarte Borda ó Abella,
Don Federico Vidiella,
O mi compañero Brian.

En política yo he sido
Siempre leal y consecuente,
Con toda la buena gente
De mi glorioso partido.

Con Latorre el dictador,
Con Santos y con Vidal,
Con Tajés el general,
Y con Herrera el doctor.

Se entiende, cuando tuvieron
La casuela por el mango,
No después que de su rango
Mis amigos descendieron.

Porque persona bajada
Del poder, fuere quien fuere,
Lo que es para mí, se muere,
No es nada, ni vale nada.

Del noble Gobierno actual
Fiel partidario he de ser,
Mientras goza del poder
Y reparta el vil metal.

Hay lo malo y todavía
Le beso la mano y escucho
Y con el pie, por mañana,
Maldigo con todo el



Ah! caracol, caracol,
Que vives en la basura,
Cuando el sol brilla en la altura
Sacas los cuernos al sol!

Sumario del número 5.—Texto:—El hombre-saracot—Llegará el fardo?—Justicia anti-salomónica—Un delito nuevo... y un nuevo delito—Mataperros!—Cuarta carta del paisano al Presidente—Aventuras de Robuchón—Problema de aritmética—Grados á 200 pesos—Cosas de negro—Correo administrativo—Avisos. Caricaturas—El hombre-saracot—Llegará el fardo?—Y multitud de grabados alusivos intercalados en el texto.

Todo lo que se publique en este periódico sin llevar un seudónimo ó señal al pie, pertenece al redactor de EL NEGRO TIMOTEO.

Justicia-antisalomónica

Allá por Rivera Grande hay un jefe político que se llama don Américo Pedragosa y por Rivera Chico una viuda que se nombra doña Graciana. Ignórase el apellido de la viuda; pero como es vizcaina, puede dársele el de Idiarte Borda ú otro por el mismo tenor... ó por el mismo bajo, si es aplicable lo de bajo á un apellido que ocupa hoy, con quien lo lleva, un altísimo lugar en la República.



Sucede, pues, que á la señora viuda, á pesar de no sentirse en estado interesante, le entraron antojos de ir á visitar á Santa Ana, no la madre de la Virgen María, que debe residir en el cielo, sino la población brasilera en que fué asesinado el cadete Silva, suceso misterioso que el ministro de la Guerra prometió esclarecer, por supuesto que sin ánimo de cumplir lo que ofrecía, porque en el ajo andaban metidos unos oficiales del regimiento en que el cadete servía y del cual había desertado, según aseveraba *La Nación*.

Llenando sus deseos—mejor que el ministro su palabra—la rancho, dejó la amiga y pasó á brasilera, don oportuna idad con el célebre co y otros perllistas, quienes en detalle cuan



robos, violaciones y hazañas de todo género, ejecutaron na *Banda Oriental* durante la guerra civil de Río Grande, á ciencia y paciencia de don Juan Idiarte Borda y su ministro de Relaciones Exteriores.

A propósito, ninguna de esas figuras (de tapiz) ha vuelto á pedir satisfacciones al gobierno de don Prudente de Moraes Peixoto Carneiro Monteiro Patife y Botafogo, por los agravios que infirieron á la bandera nacional el Juan Francisco y demás capitanejos florianistas. El Presidente no se preocupa más que del proyectado banquillo Borda-Lessa y compañía, y el ministro solo se preocupa de introducir el tasajo entre los abisinios, ante cuyo rey mandará en breve un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario.

Y decimos que mandará, porque es indudable que la Comisión Permanente ó el Senado, otorgarán las venias que solicite el Poder Ejecutivo, sea para enviar representantes del Uruguay al Africa, sea para acreditarlos cerca de la Santa Sede, sin más objeto que elevar á monseñor Soler al cargo de arzobispo, con lo que la República reportará más ventajas que si se exportase el tasajo para las tierras de Menelick.

No obstante, el modesto doctor Soler rehusa el puesto de arzobispo, como rechazaba el de obispo, que su única ambición es morir en Jerusalem, cabe el santo sepulcro. Así lo manifestaba cuando se le propuso para la mitra, y así lo jura y perjura ahora que el Presidente y su ministro de Relaciones Exteriores se empeñan en subirle un poco más. No quiero, no quiero; echádmelo en el sombrero... Y allá irán los



cojinillos.... Es decir, las insignias del futuro cargo.

Volviendo á la viuda Idiarte Borda: aburrida de pasearse por Santa Ana—y eso que no estuvo allí más que veinticuatro horas—regresó á su domicilio y se encontró con esta novedad: que durante su ausencia le habían saqueado la casa. Dió parte del hecho al jefe político, y este le respondería:—Qué novedad es esa? Vaya con una novedad que es aquí el pan nuestro de cada día! El que no kapianga domicilios, kapianga giros postales, y el que no kapianga giros postales kapianga lo que puede. Eso más es antigualla que novedad.



Sin embargo—ya es de suponer que por fórmula—aseguró á la viuda que trataría de descubrir á los ladrones. Han visto ustedes el cumplimiento del programa de administración y trabajo? Así fueron los ladrones á la gayola. Y tanto esperaba en ello doña Graciana, que se echó á campearlos por su cuenta; y aquí no mintió la frase proverbial de que quien busca halla, que la señora los encontró, aunque en singular, pues el raspa era uno; y oh! coincidencia admirable, como escriben los cronistas, precisamente ese uno era el mismo sujeto que andaba husmeando á los ladrones: nada menos que un cabo de policía!

Avisado el sargento, un tal Debergere, se negó á prender al cabo, arguyendo que depositaba mucha confianza en él y lo creía honradísimo, tan honradísimo, añadió, como lo es el Presidente de la República ó su secretario el doctor don Anro de las procciones practica sargento, result guardaba el ro y que por consi tan honradísimo le creía; lo cual que dejen de serlo el secretario y el Presidente de la República... ó el ministro de Hacienda.

Así es que, con pesar y todo, se vió obligado á encajarlo en la chirona—entiéndase que al cabo y no al ministro, como se deduciría del párrafo anterior—y tan seguro fué el calabozo donde puso al compinche, que este se escapó para el Brasil y ahora que le sueltea galgos!... Aun no ha concluido la historia, que tiene un remate muy al uso de la justicia del jefe político don Américo Pedragosa, según lo refiere *El Norte*.

Porqué, se figurarán ustedes que el jefe político ordenó fuera arrestado el sargento Debergere, hasta indagar cómo es que se había volado de la jaula el pájaro del robo? Ni por sueño! Sepan ustedes como las gasta el hojalatero de Rivera, esto es, el jefe político. Dispuso que viniese á su presencia el sargento y sostuvo con él este diálogo, valga la hipótesis:

—Vd. capturó al cabo Urraca?
—Sí, señor.
—Y usted lo encerró en el calabozo?
—Sí, señor.
—Y el cabo tomó el portante?
—Sí, señor.
—Y usted se confiesa responsable de la fuga?
—Sí, señor.
—De modo que Vd. debe sufrir un castigo, no es verdad?
—Sí, señor.
—Pues bien, vaya Vd....
—A la cafúa?
—No, vaya Vd. á buscar á la mujer del cabo y mécala en la cárcel.
—Y yo, señor?....
—Usted?... Usted continúa



en libertad!

—Muchas gracias.

Hé aquí el *puesto* que ocupan los personajes de esta historia: doña Idiarte Borda en su domicilio, vomitando dragosa en la jefatura; el cabo Urraca, con uniforme y todo, merodeando por el Brasil; sargento Debergere en libertad, y la mujer del cabo en la cárcel, purgando el delito de su poseso, que es la justicia antisalomónica del político. Bien se merece que el supremo magistrado pida venia á la Comisión Permanente para nombrar general de brigada á un coronel que procede con tanta cordura!

Un delito nuevo... ó un nuevo delito

José Banuso es un mozo que trabaja con un carro, Mozo de aspecto bizarro que apenas le apunta el bozo. Con su carro antes de ayer De una barraca salía, Montando una mula pía, Porque así las suele haber.

Mas pía por el color De la piel, que era manchada, Y nunca porque inclinada Fuese al culto del Señor.

(Sepan las personas, pues, Dadas á las letanias, Que si de dos piés hay pias, Hay pias de cuatro piés.)

Al traspasar el portón, La mula, como espantada De una gandula arrastrada, Pegó un fuerte tropezón.

Y mientras que la gandula Reía del caso, José La mula no se le fué.... Pero él se fué de la mula.

Y al momento como flecha Disparada allí cayó; De cuyo golpe sacó.... Rota la pierna derecha.

Al contemplar la desgracia Los vecinos acudieron, Y humanamente dijeron: —Con el mozo á la farmacia.

Pero entonces un comisario (Nunca falta un buey cometa) Que venía en un sotreta, Gritó con modo ordinario:

—Nadie se atreva á agarrar Al mozo... Fuera, señores, Que yo con mis celadores Ya lo voy á hacer llevar.

Después de echar unos ternos Tocó el pito, y al instante, Uno atrás y otro adelante, Llegaron dos subalternos.

—Vamos á ver, cada cual, Pronto, á esta brava pieza, Cojan por piés y cabeza... Y derecho al hospital.

—Pero, señor, esa es guasa Quizás, murmuró el herido; Yo quiero ser atendido Por mi gente y en mi casa.

Retorciéndose los tiesos Bigotes, el comisario Continuó:—Que el perdulario quede en la sala de presos.

Y sin más ni más cargaron Los civiles con el mozo, Y entre risa y alborozo Al hospital lo arrastraron.

Un caballero de mala Catadura (es eminente Bordista) dijo al agente: —Porqué lo envía á tal sala? —Porqué? Señor Tarandula, Porque ese ruin rodaballo No sabe andar á caballo....



O más propiamente en mula.
 —Permita que me sorprenda;
 Mas ello no es falta grave
 Ni leve. Si andar no sabe...
 —Si andar no sabe, que aprenda.
 En este tiempo bendito,
 En que un Juan tiene del mango
 La sartén, ser maturrango
 Constituye un gran delito.
 Y pues el torpe camueso
 Delinquiró con la caída,
 Mientras sane de su herida,
 No es justo que se halle preso?
 Apenas ese animal
 La pierna se haya curado,
 Se le pasará al juzgado
 Como á cualquier criminal.
 —Vamos, si usted disimula
 Replicaré...—Le repito,
 Que hoy constituye un delito
 Caer del lomo de una mula!
 —Me parece que hace un pango...
 —Cumpló mi estricto deber.
 Que purgue el crimen de ser
 Un completo maturrango.



Caer de una caballería
 Es un delito actualmente.
 Así murmura la gente:
 ¡Vive Dios, qué policía!



¡Mataperros!

Decía cierto individuo:—Yo nunca hago una sola barbaridad; porque, ó hago dos seguidas ó no hago ninguna.

Parece ser que la policía del señor Pedragosa quiere imitar al prójimo del cuento: después de la primera barbaridad, la segunda.



Ya hemos referido la cometida con ocasión de un robo; y aquí va la otra, bajo la fé del Norte, que no será fé púnica y sí de escribano digno de fé.

Un joven tropero recién llegado á Rivera, fué acometido por un perro, al pasar por un sitio vecino á la estación del ferro-carril.

Para librarse del can, el joven le disparó dos tiros sin acertar en el blanco... A qué no era de este pelo el animal, sino rojo?

Al oír los tiros, se presentó un guardia civil, y el can, como alma que lleva el diablo. La rra conocen rros! preso! gritó el joven.



—Dése á guardia civil al —Porqué?
 —Porque ha descerrajao dos balazos al pichicho.

—Ha sido en defensa propia.
 —No sé, marche pa la comesaría.
 El tropero obedeció por no llevar una tunda. Lo que estuvo en la comisaría, le preguntó el encargado de ella, que tenía aires de cacique:
 —Con qué derecho ha osado Vd. atentar á la vida de un prójimo?
 —De un prójimo?

—De un perro quise decir, aunque hay más de un perro... prójimo de más de un hombre.
 —Ya lo creo, contestó el joven, fijando la vista en el agente del Poder Ejecutivo.
 —Alude Vd. á mí?
 —No, señor, ni tampoco al vigilante que me ha traído acá injustamente.

—Cuidado con ofender á la autoridad, ni siquiera con el pensamiento.
 —Sí, señor... no, señor.
 —Cómo?
 —Que no señor, que ni con el pensamiento he de ofender á la autoridad.



—Con qué derecho, le repito, ha osado Vd atentar á la vida de un perro?
 —Señor, con el de la defensa propia. El perro me atropellaba...
 —No sabe Vd. que existe una sociedad protectora de animales?
 —Acaso Vd. es miembro de esa sociedad?
 —No le permito que me interrogue.
 —Está bien.
 —Lo que no está bien son los balazos al perro, por lo cual lo despoje del revólver...
 —Tómelo Vd.
 —Le impongo diez pesos de multa.
 —Aquí afojo los diez pesos.
 —Lo voy á mandar arrestado al cuartel.
 —Como Vd. disponga.
 —Y allí lo meterán en un calabozo.
 —Como Vd. ordene.
 —Y no se le consentirá que duerma en cama.
 —Como á Vd. se le antoje.
 —Porque sépase que á un perro no lo debe matar nadie...



—Ni aunque lo quiera morder?
 —Ni aun morder, con los vigilantes...
 —Morde r los vigilantes?
 —No; el perro pueden matar
 —Sí, señor.
 —Para no perder el antiguo renombre de mataperros de que justamente gozan.



Y sucedió lo dicho por la autoridad: que el tropero perdió el revólver, pagó la multa, fué llevado al cuartel, metido en un calabozo y durmió en el duro suelo.

En cuanto al perro, también sucedió lo dicho por la autoridad: que los vigilantes lo persiguieron, lo alcanzaron, lo cogieron, lo trajeron á la plaza de armas... y allí lo ejecutaron.
 ¡Qué mataperros los guardias civiles de Rivera!



Cuarta carta del paisano al Presidente

(Interpretando á su modo el derecho de petición)

Dispués de mi petición
 Sobre el menistro de Hacienda,
 Pa que lo largue á su tienda
 O al cortijo de Colón,
 (Que asina nuestra nación
 Se salvará de la ruina
 A que el mozo la encamina)
 Tiro el presente bolazo,
 Referente á su amigo
 De la Guerra y la Marina.
 Este es un otro que tal,
 Se lo juro á Güecelencia;
 Y aunque general, su cencia
 Dicen que no es general.
 Ni aun la dimuestra especial
 En la náutica y melicia,
 Pues tiene tanta pericia
 Como menistro y soldao,
 Cual un loco rematao
 Pa curar una tiricia.

El será muy competente
 Pa armarse de güena estancia,
 Y trait caballos de Francia,
 De Inglaterra ó del Oriente.
 O mandar un contingente
 Pedido á los batallones;
 Pero no pa evoluciones
 Ni militares maniobras,
 Sino pa que le hagan obras
 De cercos y de galpones.

Porque allá por el Minuano
 Ande tiene el campo flor,



Que ha compraó con el sudor
 De las uñas de la mano,
 Los pionos que á ese cristiano
 Le trabajan noche y día,
 No son de la estranjería
 Ni gauchos; por su apariencia,
 Son melicos, Güecelencia,
 Sacaos de la infantería.

Tamién es un oficial
 El mayordomo que tiene,
 Y afirman que lo mantiene
 La tambera nacional.
 Pues el menistro ni un rial
 Ni un centésimo, ni nada,
 Da al jefe ni á la pionada;
 Que pionos y jefe viven,
 Con el haber que reciben,
 Y esa es su única mesada.

Por el menistro angurrieto
 Los hombres echan el cuajo,
 Y les paga su trabajo
 La nación; ese es el cuento.
 Cuento? Güecelencia, miento,
 Que no es fábula, señor,
 Sino una verdá mayor;
 Y quien asina procede,
 Oiga Güecelencia, puede
 Tener ni pizca de honor?



Sigún notician los diarios
 Ese menistro de perra,
 Usa los buques de guerra
 Pa oficios bien ordinarios;
 Como ser, llevar canarios,
 Muebles, árboles en tinas,
 Utensilios pa cocinas,
 Postes, alambres pa cercos,
 Toros, ovejas y puercos,
 Patos, pollos y gallinas.

Y no halla mal Güecelencia
 Que un barco de la nación,
 Sirva pa la conducción
 De tan triste menudencia?
 No es rialmente una indecencia
 Que valiéndose del mando,
 Esté el menistro ensuciando
 Nuestro pendón? Y es creible
 Que Güecelencia imposible
 Se lo siga tolerando?

La bandera azul y blanca
 Puesta en un buque de guerra,
 Cual símbolo de esta tierra
 Que hoy parece coja y manca,
 Puesto que de si no arranca
 Los cuervos y los caranchos,
 Que, como carne á los ganchos,
 Se le han afirmao hambrientos;
 En los atuales momentos
 Debe cubrir hasta chanchos?



Pero acaso Güecelencia
 Ha de sentir afección
 Por el patrio pabellón,
 Si no le viene de herencia?
 Su padre, con su licencia,
 Aunque juese un hombre güeno,
 Mamó la leche del seno
 De la nación uruguaya?
 No; que cayó en nuestra playa
 Como tordo en nido ajeno.

Güecelencia, el pichón salido
 Del güevo que puso el tordo,
 Qué amor profundo ni gordo
 Le va á tener á ese nido?
 Preciso es haber bebido
 Ese amor en el hogar,
 Con la leche, pa apreccar
 Lo que importa una bandera,
 Que el menistro considera
 Como trapo de fregar.

Lo que si en Güecelencia nada
 Me ha sorprendido, en razón
 De ser hijo de un nación,
 Que á mi tierra disgraciada,
 Llegó en alguna barca
 De inmigrantes, me ha estrañado
 En su menistro mentao,



LLEGARÁ EL FARDO?



EL DE LA BOINA

Tirad, tirad, compañeros,
 Para traer á este lado,
 Ese fardo bien pesado
 Que nos dan los caballeros.
 Andad pronto, que si es lerdá
 Vuestra acción, ese que nada,
 De una buena tijerada
 Nos ha de cortar la cuerda.

Pues en memorable día,
El por ella se batía
Como un guerrero esforzado.

Verdá que luego formó
En las filas de la gente,
Contra la cual valiente
Mano á mano se florío.
Y con Santos aprendió,
Que antes que largar la escoba
Del mando y la sopa boba
De los presupuestos, era
Mejor tirar la bandera
Pa que la pisara un Cova!
De esta manera se explica
La conduta anti-uruguay,
De un menistro de esa laya
Que tuito oriental critica,
Como también se syndica
Justamente á Güteceñcia,
Porque pa tanta indecencia
Sigue ciego y sigue sordo.
Al fin como hijo de tordo...
Bien clara es la consciencia.



Pa qué conserva á su lao,
Como si de algo sirviese,
A un personaje como ese,
De alma y cuerpo carimbao?
No lo quiere el colorao,
El palomo lo abomina,
La tropa le tiene inquina,
Los jefes se burlan de él;
Vaya un bonito papel
Que hace el de Guerra y Marina



Los melicos voluntarios,
Hoy por las faltas menores,
Como en tiempos anteriores
Reciben castigos varios;
Pero tuitos arbitrarios,
Que el Código Melitar
Ha querido desterrar
Por crueles en demasía,
Y que aura ni en la Turquía
Por cierto se han de aplicar.

De esos castigos resultan
Costillares destrozao,
O lomos despedazao
Que á los cronistas se ocultan;
Y hay mozos que se sepultan
En la tetilla un puñal,
O de un tiro en el frontal
Se largan pal camposanto,
Por no sufrir tanto y tanto
Suplicio duro y bagual.
Al menistro le dá un bledo
De lo que cuentan los diarios,
Y eso que á los vitimarios
Los señalan con el dedo.
¿Será que les tiene miedo
De veras á los señores
Comendantes, tan piores
Con los pacientes soldaos,
Como con sus condenaos
Lo eran los inquisidores?

Hasta un papel que en Uropa
Se publica, ha relatoo
De qué modo en el Estao
Se trata á la pobre tropa.
Güteceñcia, si no es un opa,
Debe saber lo que pasa;
Hágame, pues, tabla rasa
Con los caciques.... ¡Paliques!
Va á mandar á los caciques
Cuando no manda en su casa?



Pero al menistro en custión,
Lo lleva de la nariz,
Visto ser tan infeliz
Como un ternero mamón.
Mi sétima petición
Es por tanto la siguiente:
Que á ese general sin gente
Lo despache pa sus ranchos;
Que se vaya con sus chanchos,
Ya es rico lo suficiente.



Lárguelo por un cañuto;

Que güelva otra vez á Francia,
O que rumbé pa la estancia
Que es de sus vivezas fruto.
Tal lo que un paisano bruto
Solicita de Güteceñcia;
Anque tengo la concencia
De que á mí y á la nación,
Nos va á dejar de un tirón
A la luna de Valencia.

Cómo demonios va á echar
A quien dicen que le tapa
Cuánto negocio con ñapa
Puede Güteceñcia ligar?...
Y sírvase perdonar
Si le he causao un dijusto;
No me haga atraer un susto
O una tunda de mi flor.
Su seguro servidor
Muy humilde.



CLARO JUSTO.

V.º B.º TIMOTEO.

Aventuras de Robuchon

(Carta dirigida por el heroico viajero á uno de sus amigos.)

Arroyo de las Pavas Enero 29 1896.

Estimado compañero:

Aprovechando la oferta de sus servicios que me acaba de hacer un tropero que mañana partirá para ese punto, le mando la presente con el objeto de comunicarle mis últimas aventuras, que no dejan de ser interesantes y dignas de ocupar un buen espacio en las columnas de los periódicos.



Pero antes de pasar á contarlas á vuelo de pájaro, pidiéndole me las publique en EL NEGRO TIMOTEO con los grabados correspondientes, debo excusarme con los lectores por lo mal escrita que ha de ir mi carta, pues hablo el español tan pésimamente como el mejor de los cronistas ó reporters de los diarios principales de la República.

Omitiendo más preámbulos, entraré á referirle las peripecias de mi viaje, después que salí de la ciudad de San José de Maturo, donde encontré una acogida simpática por parte de la prensa, como por la de las autoridades y de la población nacional, con excepción del dueño del hotel, una persona tan inculada que me cobró la comida y la cama como á cualquier hijo de vecino.



Ya es sabido que por haberseme desertado mi acompañante, marché solo para Nueva York, y á mayor abundamiento en el caballo de San Francisco, que es el más seguro de todos para evitar rodadas y bifés ó peladuras, como denominan aquí á lo que, salvo error, los castellanos designan por agujetas.

Iba, pues, caminando con rumbo al Norte por entre un pajonal espeso, recordando que c'est du nord aujourd'hui que nous vient la lumière, cuando de repente sentí unos rugidos espantosos. Sapristi! grité involuntariamente; no hay más: este ha de ser un tigre de Bengala!



La verdad que dije de Bengala, olvidando que en el Uruguay no pueden existir tales fieras, á menos que alguien no las haya importado para mejorar la cría, cosa que me parece difícil. Todavía si se tratase de parejeros ingleses para jugar montones de oro!...

Decidido como estoy á afrontar cuantos peligros se me presenten y aun á provocarlos para demostrar mi indomable valor, ariné apresuradamente mi carpá en un pajonal,



para atraer la atención del tigre, no fuera el demonio que se le antojara pasar de largo, y yo perdiera una hermosa ocasión de luchar mi intrepidez.

En seguida me planté de rodillas en la puerta de la carpá, con mi revólver de veinte tiros en la mano derecha y en la izquierda arrollado el ponchito, por si el animal se me venía bajo el fuego, para meterle el brazo en la garganta y quitarle en un momento la respiración, según he leído lo ejecutan algunos cazadores de jaguares.

Efectivamente, á los dos minutos ví asomarse la bestia feroz, que al divisar mi tienda de campaña, se detuvo agitado un gateo que se dispone á arrojarle sobre el ratón. Aunque este encuentro con un tigre, le aseguro que el corazón me latía normal y naturalmente, con la regularidad de una péndola de reloj.

Como cincuenta segundos permanecimos así: el tigre moviendo la cola y yo apuntando con el revólver al tigre. Nos halláramos á quince metros de distancia. De pronto el animal se fijó en mí y retrocedió como unos seis pasos, revolviendo los ojos y redoblando los rugidos, que repercutían horriblemente en derredor.

Yo comprendí la intención del rey de las selvas americanas y murmuré para mis adentros:—El que no te conozca que te compre, picaro traidor. Lo que tú quieres es pegar el brinco para despedazarme entre tus garras; pero te vas á encontrar con la horma de tu zapato, sacrebleu!



Apenas concluía de pronunciar mentalmente esas palabras, el animal se apoyó en las patas traseras, lanzóse al aire, y describiendo en el espacio un perfecto arco de círculo, cayó con las fauces abiertas justamente á la altura de mi brazo izquierdo, extendido en la dirección de la trayectoria que trazaba idealmente el cuerpo del jaguar.

El mismo, pues, se introdujo mi mano en la garganta y aquí fué la mía. Corriendo el puño todo lo que pude por su esófago, le sacudí en la cabeza un golpe tan fuerte con la culata de mi revólver, que instantáneamente rodó muerto á mis pies el hermoso felino... Sonnezz trompettes, sonnez clairons!

Y ahora cómo lo desuello? me pregunté. No llevaba cuchillo de monte, ni de ninguna clase; pero precisaba arrancarle el cuero, como lo verificó Hércules con el león de Nemea. Yo también deseaba ostentar ese trofeo de mi triunfo, siquiería más próxima vendería por diez ó doce pesetas, que bastaba, por no tener ni un centésimo en el bolsillo.



La única arma cortante que traje de Montevideo, era un cortaplumas de dos hojas sin filo, y vd. comprende que si me hubiera puesto á sacar la piel con ese cortaplumas, habria retrasado mi viaje á Nueva York quien sabe cuanto tiempo, amén de que la descomposición del cadáver hubiese podrido el forro del animal.

En esto reflexionaba, sin encontrar la solución del enigma, cuando como brotado de la tierra se me apareció un gauchó, con una barba y una cabellera más largas que las del Padre Eterno, según lo pintan en algunas estampas de los libros santos.



—Qué hace, amigo? exclamó el gauchó sin

¿Cómo los últimos días
 Ya la ve, respóndame mostrándole el tigre.
 Porque no le cuera?
 Porque se me ha extraviado el cuchillo
 Velay mi facón, siguió el gaucho desen-
 ranando una enorme daga.
 Mas ah! gaucho maldito!...
 (La sigue un prochará sumero.)

Problema aritmético

Cuenta un diario, por supuesto
 Diario de la oposición,
 Que los vigilantes son,
 Según marca el presupuesto
 General
 De gastos de la nación,
 Ochocientos, un total
 Puramente nominal,
 Porque de los ochocientos,
 Únicamente hay quinientos
 Para el rancho policial.



Es decir, que las raciones
 Se sirven para quinientos,
 Y figuran ochocientos
 Vigilantes comilones,
 Según ley;
 Por consiguiente, trescientos
 No engullen carne de buey,
 Ni de tortuga Carey,
 Ni gatos, ni caracoles,
 Papas, porotos ó coles,
 Ni siquiera un pejerrey.

Más claro, que los señores
 Devotto.... y la compañía
 De tapados, que hasta el día
 Son los grandes proveedores,
 Dan diariamente quinientas
 Raciones á los civiles;
 Mientras que los zascandiles
 Están cobrando ochocientas.

Hay trescientas raciones
 De diferencia,
 Que importan mensualmente
 Según la cuenta
 Que saca el diario,
 Dos mil cien nacionales,
 Un buen bocado!



¿Quién se come un bocado
 Tan exquisito:
 Devotto.... y compañía
 U otros amigos?
 Alguien lo traga,
 Si no ha mentido el diario
 Qué lo relata.



De ello resulta igualmente
 Que hoy en lugar de ochocientos
 Vigilantes, hay quinientos
 En servicio permanente.
 Mas como el tesoro paga
 Los ochocientos cabales,
 Quién, en buenos nacionales,
 La diferencia se traga?

Los trescientos soldados
 De diferencia,
 Importan una suma
 Bastante gruesa.
 Cinco mil duros
 Mensuales, más ó menos,
 Según calculo.



Cinco y dos mil además
 Con el pico, son, mensuales,
 Siete mil cien nacionales,
 Ni uno menos, ni uno más.
 A qué pico grande ó chico,
 Si no hubiera un centenar
 De bocas, van á parar
 Los siete mil con el pico?
 Al fin un jefe, merceder,
 Superior ó subalterno?...



Doctores tiene el Gobierno
 Que no querrán responder.

Grados á doscientos pesos

Antes los grados se daban
 De regalo; ó mejor dicho,
 Del Presidente á capricho
 Los ascensos se tiraban.
 Ya eran cinco diariamente,
 Ya treinta ó un centenar,
 Ya doscientos ó un millar,
 Según fuera el Presidente.
 El tacaño en demasía
 Por cuadernos los soltaba,
 Quien de pródigo pecaba
 Por resmas los repartía.
 Pero cualquier pretendiente
 Indigno ó merecedor,
 Siempre obtenía el favor
 Del grado gratuitamente.



Mas hoy, según lo propalan
 Sujetos bien informados,
 Los ascensos y los grados
 Se venden, no se regalan.
 Ahora se obtiene un galón
 O tres por doscientos pesos;
 ¡Hasta donde hará progresos
 La actual administración!
 Aunque parece una broma,
 La noticia es verdadera;
 Y todo el que un grado quiera
 Ya le sabe: daga y toma.
 Un funcionario que es socio
 De otro mayor funcionario,
 Según asegura un diario,
 Es quien realiza el negocio!

Por doscientos macuquinos
 Tener una renta fija,
 Que á la madre ó á la hija
 Pasará ó á los sobrinos:
 Es de las gangas más buenas
 En su línea y en su clase,
 Como si alguno lograra
 Sacar la de cuarentenas.
 ¡Como serán los excesos
 De nuestra administración,
 Cuando se alcanza un galón
 O tres por doscientos pesos!
 Bien dice un hombre medido:
 Que el gobierno del bearnés,
 De la tazeza á los pies....
 Exhala olor á podrido!



—Tú sabes de quién es hijo el Presidente
 de la República?
 —Segun dicen, es hijo de un aldeano bearnés,
 que vino al país con una mano atrás y
 otra adelante.



—No.
 —Y que murió teniendo
 una fonda y cancha de pe-
 lona en Mercedes.
 —No.
 —Donde el actual supre-
 mo magistrado hizo de mozo
 y de otras cosas.
 —No.
 —Entonces todos estábamos equivocados?
 —Todos, porque don Juan sería mozo de
 cancha y fonda; pero nunca hijo de un aldeano
 bearnés.
 —Acaso su padre fué un conde ó un duque?

—Tampoco. Según *La Nación*, el Presidente
 es hijo de un pedazo de tierra.
 —Hijo de un pedazo de tierra? Qué gra-
 ciosos!
 —Sí, hijo de un pedazo de tierra, por más
 rara que te parezca la noticia.
 —Estás hablando en broma?
 —En broma? Oye lo que publica *La Nación*:
 «Anteayer, esto es, el domingo, tuvo el Excelen-
 tísimo señor Presidente de la República la
 satisfacción de hablar, á las siete de la noche,
 telefónicamente con su ciudad natal»
 —Hasta ahora no veo....
 —Se cambiaron saludos
 y felicitaciones, bien natura-
 les por cierto, entre S. E. el
 señor Presidente de la Repú-
 blica, el jefe político de So-
 riano señor Albín, doctor
 Brugulat, antiguo y aprecia-
 ble médico, don Hipólito
 Marfetán, don Juan H. Soumastré.....
 —Hasta ahora no veo....
 —«Y muchísimas personas de las más dis-
 tinguidas de la capital del departamento de
 Soriano, que querían manifestar al Presidente
 de la República, hijo de aquel pedazo de tierra
 uruguayaya.....»



—En efec-
 do *La Nación*
 Juan Idiarte
 un pedazo de
 eso habrá sali-
 do alcorno
 —Tan peda-
 en cuerpo y
 to.... Y cuan-
 lo dice!... Don
 Borda hijo de
 tierra!... Por
 do tan pedazo
 que....
 zo de barro
 alma!



De La Prensa:

Don Juan Idiarte Borda, «dominado por la
 obsesión de la riqueza material, única ambición
 digna de su espíritu, ha convertido la Presiden-
 cia en una gran pulpería....»
 —Lo dirá por el ministro Vidiella?
 —«.... traficando indignamente con todo y
 celebrando los más escandalosos negocios, aca-
 parando para sí y para los miembros de su
 familia las más provechosas proveedurías, crean-
 do impuestos para satisfacer el instinto brutal
 de su avaricia y facilitar á sus amigos, á costa
 del Estado, los medios para adquirir quintas
 y palacios....»
 No puede ser, porque don Juan Idiarte Borda
 es un hombre honrado, como el ministro
 tan honrado como don Angel Brian, según
 de Hacienda ó como don Marco lo afirma *La*
 conde de Marco propietario, el
 domiro de Ateaga, es otro
 hombre honrado por donde
 se le examine.



Cómo, pues, el honrado don Juan Idiarte
 Borda ha de haber convertido la Presidencia
 en una gran pulpería? Todavía si se dijese que
 en una gran indecencia, pase. Y tanta es la
 indecencia, que el sucesor del oriundo de Mer-
 cedes va á tener que fumigar el sillón, la banda
 y el bastón de mando.

Todos estos *adminículos* hieden como si hu-
 bieran salido de una cloaca máxima.

La Nación defiende al jefe político de San
 José, en el asunto mercado de la ciudad mara-
 gata; pero ya se sabe que *La Nación* sólo de-
 fiende todo lo malo é injusto.

Baste decir, para demostrar la parcialidad
 del jefe político, que este es el dueño del mer-
 cado y que quien lo administra es el inspector
 de policías del departamento!

De modo que el señor Bove, poniendo la
 fuerza de policía á su servicio particular ó en
 favor del mercado y en contra del pueblo, hace,
 sin ser palomo, lo de aquel Juan Palomo.

Yo me lo guiso
 Yo me lo como,
 Y sin ambages
 Al pueblo embromo.

—Terrible efecto produjo en el ministro de Hacienda la noticia de que el empréstito había fracasado.

—Se comprende.

—Figúrate que en seguida se largó para su cortijo de Toledo, donde llegó convertido en una furia....

—Se comprende.

—Lo primero que hizo fue coger una tranca, una tranca enorme, formidable.....

—Una tranca?....

—Con la cual le dió en perseguir á los peones del establecimiento. Felizmente al rato le entró un sueño muy profundo.

—Y se durmió.

—A pierna suelta, para roncar como un bendo. Lo que se despertó, no tenía ni vestigios de la tranca tremenda.

—Cómo de la tranca?

—Digo, del enojo.... y volvió á su manse-dumbre característica. Mas en el primer instante.....

—Casi comete una barbaridad....

—Cierto..... Que agregada á las cien financieras que ha ejecutado, hubiera sido la barbaridad ciento y una!

—Recuerdas aquel pleito que la Compañía de Navegación italiana sostenía con el Gobierno por conducción de inmigrantes?

—Sí; la Compañía cobraba 75.000 pesos al Poder Ejecutivo.

—Pues bien, gracias á la intervención del conde Antonelli, el asunto ha sido tranzado en sesenta mil, que el Gobierno se ha comprometido á pagar.....

—Sin coimas?

—Naturalmente, y en seis cuotas de diez mil pesos cada una. Hé ahí lo que vienen á costar los 2.500 inmigrantes que llegaron al país.

—Pero dónde están esos individuos?

—Todos en la República Argentina. De modo que el Uruguay ha perdido 2.500 inmigrantes y sesenta mil pesos!

Dice un diario:

«Según noticias de procedencia autorizada, no sería difícil que el día menos pensado el escuadrón de Seguridad se quedara sin un solo individuo, tal es la deserción que reina en sus filas.»



También habrá voluntarios en el escuadrón de Seguridad? Ya no queda duda: los hombres que gobiernan se han propuesto despoblar el país.... ¡Qué administración y trabajo tan originales!

—S. M. la reina doña María Cristina, en nombre de su augusto hijo S. M. el rey don Alfonso XIII.....

—Que Dios guarde muchos años... en el alcázar real de Madrid.

—Ha venido en conceder la gran cruz de la orden del Mérito Naval.....

—A qué co nuestros buques transportes de general Díaz? mandante de de guerra.... y chanchos del general Díaz?

—A ninguno, doctor don Jaime ministro de Relacio sino á S. E. el Estrázulas, mines Exteriores. qué?

—Por los valiosos servicios prestados á España, auxiliando á su representante en esta República.....

—Auxiliándolo en qué negocios?

—Y al comandante de la estación naval de la madre patria, «para el mejor éxito de sus respectivas gestiones.»

—Caramba! y solo por esto le otorgan nada menos que la gran cruz del Mérito Naval?

—Con distintivo blanco, que es lo que mayormente ha de haber complacido al doctor don Jaime Estrázulas.

—Bah! ahora le gusta más el distintivo rojo que el blanco. Pero esa orden del Mérito debe tener muy poco mérito....

—Al contrario; es una de las más distinguidas.

—Muy poco mérito debe tener, repito, cuando por una tontería se agracia con toda una gran cruz al ministro de Relaciones.....

—Hé ahí por qué se le agra-



Dalmiro Figares

Se encarga de la tramitación de asuntos judiciales y apertura de sucesiones

Escritorio: Rincón, 109. Domicilio: Lavalleja, 8

Horas: 1 á 4 Horas: 7 á 9 y de 4 á 7

MONTEVIDEO

cia: porque es ministro.

—Lo que me causa extrañeza es que al Presidente no le hayan regalado otra gran cruz.

—Don Juan no la quiere. Para qué? El se conforma y se satisface con ser la gran cruz de la Republica!

—En el teatro Apolo, de Rio Janeiro, se ha estrenado una opereta titulada la Isla de Trinidad....

—Hola!

—«En cuyo argumento se vé el desembarco de la tropa de un buque de guerra del Brasil.»

—Ya comprendo.

—«Que or nador inglés la isla. Como es na searon los a pitosos.»

—Ni falta nazos con pól G el caso de que se resistiera á la intimidación.

—Probablemente.

—Los compatriotas de Peixoto se parecen mucho á los actuales compatriotas de Artigas y de los Treinta y Tres.

—Cómo?

—Porque ellos rinden con obras teatrales á los usurpadores de sus tierras....

—Y nosotros?

—Derribamos con artículos de diarios á los usurpadores del poder.

—Es verdad.

—Los cuales y el gobernador inglés de la isla de la Trinidad, han de decir como el alcalde del cuento: ahí me las den todas!

—La Nación afirma que el Presidente de la República tiene mirada de águila.

—Precisamente es lo que no tiene.... Ahora si dijera que las uñas el pico y el estómago:

Son cual las uñas, el pico
Y el estómago del ave
Referida! Bien se sabe
Que ese valeroso chico,
Desde los piés á la faz,
Exceptuando su mirada
De gallineta enjaulada,
Es rapaz y muy rapaz!

Correo administrativo

R. A. Salto—Tomé apunte suscripciones.

M. F. P. Chafalote—Recibi carta fecha 20. Muy bien. Números al Sr. M. C. (hijo) van por este correo.

P. C. (hijo) Santa Rosa—Recibi carta fecha 27 y remesa por suscripciones. Gracias.



LA SUD-AMERICANA

LITOGRAFÍA Y TIPOGRAFÍA

Taller de rayados y encuadernaciones

Calle Treinta y Tres, 87 á 93

Casa especial en trabajos de cromo

TELÉFONO: «LA COOPERATIVA» 648

PABELLON



CONFITERERIA AMERICANA

DE LA CIUDAD PASO DEL MOLINO

321 18 DE JULIO 323 — 906 AGRACIADA 908 —

—CASA FUNDADA EN 1876—

DE Demarco y Miret

Premiada en la exposicion Italo-Americana de Genova el año 1892 y en la de Chicago el año 1893

SIMPLEZAS Y PICARDÍAS

PRECIO 50 cts.

Colección de epitafios, epigramas, cantares, y otras composiciones cortas

— DE —

WASHINGTON P. BERMÚDEZ

DIOS Y PATRIA

HABANILLOS ESPECIALES



AL SOLIÑO

Correio 334

Telefono Montevideo 1175

EL FOGON

PERIODICO CRIOLLO

REDACTOR
ALCIDES DE-MARIA

Las personas que residen en puntos donde no haya anuncios y quieran suscribirse á EL NEGRO TIMOTEO, tendrán á bien designar una casa de comercio en esta ciudad, encargada de abastecer las mensualidades respectivas.

EL POBRECITO HABLADOR
Se venden colecciones completas de este periódico — 8 meses 4 \$ cada colección